

Caribou Island

Literatura Mondadori, 474

David Vann nació en la isla de Adak, Alaska, y en la actualidad vive en San Francisco, donde imparte clases en la universidad. Es autor de *Legend of a Suicide*, volumen de relatos que incluye la *nouvelle Sukkvan Island*, traducida al español. *Legend of a Suicide* obtuvo el prestigioso Prix Médicis al mejor libro extranjero publicado en Francia, y fue seleccionado por la revista New Yorker como libro del Club. Su *memoir A Mile Down: The True Story of a Disastrous Career at Sea* fue best seller en Estados Unidos. Otro de sus libros de ensayo, *Last Day On Earth: A Portrait of the NIU School Shooter*, Steve Kazmierczak, fue galardonado con el premio AWP Nonfiction.

La lista de galardones y reconocimiento a su obra es extensa: ha obtenido más de diecisiete premios literarios, además de recibir la beca Guggenheim 2011. Su obra se ha traducido a dieciséis idiomas, y sus libros han aparecido en listas de libros más vendidos de cinco países. Su página web: www.davidvann.com.

Caribou Island

DAVID VANN

Traducción de Luis Murillo Fort



MONDADORI

Barcelona, 2011

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Caribou Island*
Diseño de la portada: Departamento de diseño de Random House Mondadori
Adaptación de la cubierta de Richard Ljoenes
Foto de la portada: © Arcangel/Steve Allsopp
© 2011, David Vann
© 2011, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2011, Luis Murillo Fort, por la traducción
Primera edición: septiembre de 2011
Printed in Spain – Impreso en España
ISBN: 978-84-397-2422-3
Depósito legal: B-24.810-2011
Fotocomposición: Fotocomp/4, S. A.
Impreso en Litografía Siagsa
c/ Joaquín Vayreda, 19
08911 Badalona

Encuadernado en Baró Siglo XXI

GM 2 4 2 2 3

Mi madre no era real. Era un sueño prematuro, una esperanza. Era un lugar. Nevado, como este, y frío. Una casa de madera en el monte, con un río más abajo. Día nublado, la vieja pintura blanca de los edificios más luminosa como por efecto de la luz atrapada, y yo volvía a casa del colegio. Diez años de edad caminando, sola, caminando por los trechos de nieve sucia del patio, caminando hacia el angosto porche. No recuerdo qué fue lo que pensé entonces, no consigo recordar quién era yo ni lo que sentí. Todo eso desapareció, se ha borrado. Abrí la puerta principal y me encontré a mi madre colgada de las vigas. Lo siento, dije, volví sobre mis pasos y cerré la puerta. Estaba otra vez fuera, en el porche.

¿Eso dijiste?, preguntó Rhoda. ¿Dijiste que lo sentías?

Sí.

Oh, mamá.

Ocurrió hace mucho, dijo Irene. Y fue algo que ni siquiera entonces pude ver, de modo que tampoco ahora puedo. No sé qué aspecto tenía ella, allí colgada. No recuerdo nada en absoluto, solo que ocurrió.

Rhoda se arrimó un poco a su madre en el sofá, la rodeó con el brazo, la atrajo hacia sí. Ambas contemplaron el fuego. Una mampara metálica delante, pequeños hexágonos, y cuanto más miraba, más le parecía a Rhoda que los hexágonos eran la pared del fondo del hogar, ahora dorada por las llamas. Como si el fuego pudiera desvelar, o transmutar, la pared del fondo, negra de hollín. Al desviar luego la vista, volvía a ser solo una mampara. Me gustaría haberla conocido, dijo Rhoda.

A mí también, dijo Irene. Le dio una palmadita a Rhoda en la rodilla. Debería acostarme. Mañana hay mucho que hacer.

Voy a echar esto de menos.

Ha sido un buen hogar. Pero tu padre ha decidido abandonarme, y el paso previo es que nos mudemos a esa isla. Para que parezca que lo ha intentado todo.

Eso no es cierto, mamá.

Cada cual tiene sus reglas, Rhoda. Y la primera regla de tu padre es no quedar nunca como el malo de la película.

Él te quiere, mamá.

Irene se puso de pie y abrazó a su hija. Buenas noches, Rhoda.

Por la mañana Irene ayudó a acarrear los troncos desde la camioneta hasta la barca. No va a haber manera de ensamblar esto, Gary, le dijo a su marido.

Tengo que desbastarlos un poco, dijo él, molesto.

Irene se rió.

Gracias, dijo Gary. Lucía ya aquella expresión sombría y preocupada que acompañaba todos sus proyectos inviables.

¿Por qué no construimos una cabaña de tablas?, preguntó Irene. ¿Por qué tiene que ser de troncos?

Gary no se dignó responder.

Está bien, dijo ella. Como quieras. Además, a esto ni siquiera se le puede llamar troncos, ninguno mide más de quince centímetros de grosor. Va a parecer una casucha hecha con palos.

Se encontraban en la zona de acampada de la parte superior del lago Skilak, y la escorrentía glacial había teñido el agua de un color verde jade. Escamoso por los sedimentos, y, debido a su profundidad, ni siquiera a finales de verano se calentaba demasiado. Lo barría un viento gélido y constante, y las montañas que se alzaban en su orilla oriental aún tenían montículos de nieve. Desde sus cumbres, en días despejados, Irene había visto a menudo los blancos picos volcánicos del Redoubt y el Iliamna al otro lado de la ensenada de Cook y, en primer plano, la amplia depresión de la península de Kenai: un esponjoso musgo que iba del verde al morado, árboles enanos al borde

de ciénagas y lagunas, y la única carretera serpenteando como un río plateado a la luz del sol. Terreno público principalmente. Su casa y la de su hijo Mark las únicas contrucciones que bordeaban el Skilak, pero un tanto apartadas de la orilla, entre los árboles, de manera que el lago conservaba su aire salvaje, prehistórico. Ah, pero no tenía suficiente con vivir a orillas del lago; ahora se mudaban más lejos, a Caribou Island.

Gary había arrimado la camioneta marcha atrás adonde la barca descansaba en la playa con la proa abierta, una rampa para cargar. Cada tronco le suponía subir a bordo y recorrer toda la longitud de la barca, tambaleándose, puesto que la popa se bamboleaba en el agua.

Una cabaña de Lego, dijo Irene.

Ya es suficiente, dijo Gary.

Está bien.

Gary tiró de otro pequeño tronco. Irene agarró el extremo. El cielo se había oscurecido ligeramente, y el agua pasó de jade claro a un azul gris. Irene dirigió la vista hacia la montaña y vio clarear un flanco. Lluvia, dijo. Y viene hacia aquí.

Seguiremos cargando, dijo Gary. Ponte la chaqueta, si quieres.

Gary llevaba una camisa de faena de franela y manga larga encima de la camiseta. Vaqueros y botas. Su uniforme. Parecía más joven, y en buena forma para tener cincuenta y pico años. A Irene le seguía gustando su aspecto. Sin afeitarse, sin ducharse en ese momento, pero auténtico.

Ya queda poco, dijo Gary.

Iban a construir la cabaña desde cero. Sin cimientos siquiera. Y sin planos, experiencia, permisos o consejos sobre cómo hacerlo. Gary quería hacerlo así, como si fueran los primeros que ponían el pie en aquella tierra virgen.

Continuaron cargando, pues, y la lluvia se desplazó hacia ellos como una sombra blanca sobre la superficie del agua. Una suerte de telón, el frente de la borrasca, pero las primeras gotas y el viento llegaban siempre antes, invisibles, anticipándose a lo que ella alcanzaba a ver, cosa que no dejaba de sorprenderla. Esos momentos finales robados. Luego el viento cobró

fuerza, el frente se abrió paso y la gotas empezaron a caer, grandes e insistentes.

Irene agarró el extremo de un nuevo tronco, caminó hacia la barca apartando la cara del viento. La lluvia caía sesgada ahora, gruesos goterones. No llevaba sombrero ni guantes. El pelo cada vez más apelmazado, gotas resbalándole de la nariz, y la primera sensación de frío a medida que la lluvia le calaba, primero los brazos, luego un hombro, después la nuca. Encorvó la espalda para protegerse, colocó el tronco en su sitio y regresó encorvada por donde había venido, empapándose ahora por el otro lado, tiritando.

Gary caminada delante de ella, encorvado también, vuelto contra la lluvia de cintura para arriba como si esa parte de su cuerpo quisiera desobedecer a las piernas, seguir su propio rumbo. Agarró el extremo de otro tronco, tiró de él dando unos pasos atrás, y entonces la lluvia arreció. Viento racheado, y el aire cargado de agua, blanca incluso de cerca. El lago se esfumó, desaparecidas las olas, la transición entre agua y orilla una simple conjetura. Irene cogió el tronco y fue detrás de Gary hacia la nada.

En medio del estruendo del viento y la lluvia, Irene no alcanzaba a distinguir ningún otro sonido. Caminó muda, encontró la proa, dejó el tronco, dio media vuelta y regresó, ya sin encorvarse. No le quedaba ya parte seca que resguardar. Estaba empapada de pies a cabeza.

Gary pasó por su lado convertido en una especie de hombre pájaro, los brazos curvados como en el momento de abrir las alas. ¿Intentando acaso separar de su piel la camiseta mojada? ¿Tal vez una primera reacción instintiva, un aprestarse para el combate? Cuando se detuvo al llegar a la camioneta, el agua le caía a chorro de la punta de la nariz. Los ojos severos y menudos, centrados.

Irene se acercó a él.

¡¿Y si paramos?!, gritó entre el fragor.

¡Tenemos que llevar todo esto a la isla!, respondió él a gritos.

Estiró otro tronco y ella tuvo que ayudar, aunque sabía que ahora la estaba castigando. Gary no era capaz de hacerlo direc-

tamente. Contaba con la lluvia, con el viento, con la supuesta inevitabilidad del proyecto. Iba a ser un día de punición. Y alargaría la jornada horas y horas, la capitanearía con lúgubre determinación, como el destino. Para él, una fuente de placer.

Irene continuó porque, si ahora aguantaba, podría castigar luego a su vez. Su turno llegaría tarde o temprano. A esto venían jugando, inexorablemente, desde hacía décadas. Bueno, pensaba ella. Muy bien. Queriendo decir: tú espera.

Otra media hora cargando troncos bajo la lluvia. Irene iba a acabar enferma, helada como estaba. Deberían haberse puesto ropa especial para lluvia, y la tenían, estaba en la cabina de la camioneta, pero eran demasiado tercos el uno con el otro para dar ese paso. Ir a por la chaqueta cuando Gary se lo sugería habría significado interrumpir el trabajo, eso les habría retrasado, y él sin duda se lo habría echado en cara de alguna forma, tal vez con un fruncir de labios, o un suspiro incluso, pero suprimido a tiempo de manera que ella no pudiera acusarle de haberlo hecho por ese motivo. Gary era, por encima de todo, un hombre impaciente: impaciente consigo mismo, con el cariz que había tomado su vida, impaciente con su pasado, impaciente con su mujer y sus hijos y, por supuesto, impaciente con todos los pequeños detalles, cualquier cosa que no se hiciera correctamente, el clima que no cooperaba. Una impaciencia pertinaz que Irene había soportado durante treinta años, un elemento que ella respiraba a diario.

Último tronco subido, por fin, a bordo. Gary e Irene colocaron en su sitio la rampa de proa. No pesaba mucho, no daba sensación de seguridad. Caucho negro en el punto de contacto con las planchas laterales de la barca, formando un burlete. Para ir y volver de la isla no tendrían otro medio de transporte.

Voy a aparcar la camioneta, dijo Gary, y se alejó pisando fuerte entre las piedras. Seguía lloviendo, aunque el viento había amainado un poco. Suficiente visibilidad como para orientarse, aunque la isla, distante unos tres kilómetros, no se veía. Irene se preguntó qué pasaría cuando estuvieran en medio del lago. ¿Alcanzarían a ver la orilla o todo sería blanco alrededor?

No tenían GPS a bordo, ni radar, ni sonda. Es un lago, había dicho Gary en el concesionario. Nada más que un lago.

Hay agua en la barca, dijo Irene cuando Gary regresó. La lluvia estaba formando un gran charco debajo de los troncos, casi un palmo de hondo en la popa.

Lo solucionaremos después de zarpar, dijo Gary. No quiero usar la batería de la bomba de achique con el motor apagado.

Bueno, ¿y cuál es el plan?, preguntó Irene. No sabía cómo iban a apartar la barca de la orilla, con todo el peso de los troncos.

Mira, dijo Gary, yo no soy el único que quería esto. El plan no es solo mío. Es nuestro plan.

Era mentira, pero una mentira demasiado gorda para abordarla en aquel momento, y encima lloviendo. Vale, dijo Irene. ¿Cómo sacamos la barca de la playa?

Gary se quedó mirando la barca unos instantes. Luego se inclinó y dio un empujón a la proa. Como si nada.

La mitad delantera de la embarcación estaba en tierra, e Irene supuso que, con toda la carga, allí había muchos kilos acumulados. Era evidente que Gary no había tenido eso en cuenta. Él improvisaba sobre la marcha.

Gary rodeó la barca, primero por un lado y luego por el otro. Trepó a los troncos para ir hasta la popa, donde estaba el motor fuera borda, apoyó el peso en este e hizo fuerza para que la barca se balanceara, pero cualquiera habría dicho que era de plomo. Ni el menor movimiento.

Volvió sobre sus pasos, saltó a tierra, contempló un rato la barca. Ayúdame a empujar, dijo finalmente. Irene se situó a su lado, él dijo a la una, a las dos y a las tres, y empujaron a la vez. Los pies de ambos resbalaron en los negros guijarros, pero no se movió nada más.

Las cosas no son fáciles, dijo Gary. Esto tampoco lo será. Nunca sale algo a la primera.

Y como para corroborar sus palabras, la lluvia arreció de nuevo, lo mismo que el viento, gélido del glaciar. Si uno era tan tonto como para querer comprobar hasta qué punto podían ir

mal las cosas, el sitio no podía ser más apropiado. Irene sabía, no obstante, que más le valía guardarse los comentarios. Intentó mostrarse participativa. Quizá podríamos volver mañana, dijo. Parece que el tiempo va a mejorar un poco. Podríamos descargar, la empujamos hacia el agua y volvemos a cargar.

No, dijo Gary. No me apetece hacerlo mañana. Estos troncos los llevo hoy mismo.

Irene se contuvo.

Gary fue a grandes zancadas hacia la camioneta. Irene permaneció donde estaba, bajo la lluvia, empapada y con ganas de sentirse seca. Tenían la casa muy cerca, a solo unos minutos. Un baño caliente, encender la lumbre...

Gary condujo la camioneta hasta la playa misma, torciendo hacia los árboles, luego dio marcha atrás hasta que el parachoques quedó a escasa distancia de la proa. ¡Guíame tú!, le gritó a Irene por la ventanilla.

Así lo hizo ella, y Gary fue arrimándose hasta que el parachoques tocó la barca.

Vale, dijo Irene.

Gary pisó un poco el acelerador, y las ruedas de atrás escupieron guijarros. La barca no se inmutó. Puso el cambio en tracción a las cuatro ruedas, dio más gas, los neumáticos hincándose en el terreno, ráfagas de guijarros contra la parte inferior de la carrocería. La barca empezó a deslizarse, y enseguida bajó rápidamente al agua y se alejó de la orilla describiendo una curva.

¡Agarra el cabo de proa!, chilló Gary desde la ventanilla.

Irene corrió a coger el cabo que había quedado suelto. Con él en la mano, clavó fuertemente los talones en los guijarros, se tumbó de espaldas y empezó a tirar hasta que la presión disminuyó. Después se quedó allí tendida, contemplando el sombrío cielo blanco. Veía cómo la lluvia caía en franjas antes de darle en la cara. Sin guantes, las manos frías y la sogas de nailon áspera. Las piedras, pequeñas y no tan pequeñas, que se le clavaban en la parte posterior de la cabeza. La ropa convertida en un caparazón frío y mojado.

Oyó que Gary llevaba de nuevo la camioneta a la zona de acampada, y luego oyó sus pasos al regresar, grandes y resueltas zancadas.

Muy bien, dijo, parándose al lado de Irene. Vamos.

A ella le habría gustado que se tumbara a su lado. Los dos juntos en la playa. Rendirse, soltar el cabo, que la barca fuera a la deriva, olvidarse de la cabaña, olvidarse de todo lo que había salido mal a lo largo de los años y volver a casa, entrar en calor y empezar de nuevo. No se le antojaba imposible. Si ambos decidían intentarlo, podría hacerlo.

Pero no, se metieron en el agua dejando que las pequeñas olas se encaramaran casi hasta sus rodillas, y subieron a bordo. Irene se agarró a los troncos y pasó las piernas dentro, sin dejar de preguntarse por qué lo hacía. El impulso de esa persona en que se había convertido al lado de Gary, de la persona en que se había convertido viviendo en Alaska, el impulso que hacía tan difícil parar ahora y volver a casa. ¿Cómo había sucedido?

Al motor, Gary apretó la perilla del conducto de la gasolina, extrajo el obturador, dio un fuerte tirón al cordón de arranque. Y el motor se encendió a la primera, sin problemas, escupiendo un chorro de agua de refrigeración y menos humo del que Irene estaba acostumbrada a ver. Un buen motor, de cuatro tiempos, desmesuradamente caro, pero al menos era fiable. Lo último que ella deseaba era quedar a la deriva en medio del lago y en plena tormenta.

Gary puso en funcionamiento la bomba de achique. Un chorro grueso de agua salió por el costado, y momentáneamente pareció que todo estaba bajo control. Entonces Irene se percató de que en la parte frontal de la barca se apreciaba una curva, un ángulo, allí donde Gary había empujado con el parachoques de la camioneta. No era algo muy aparatoso, pero Irene fue a examinar el burlete donde se juntaba la compuerta con la plancha lateral, y vio que entraba un hilillo de agua. Había tanta carga a bordo, que parte de la rampa estaba bajo el agua.

Llamó a Gary, pero él estaba dando marcha atrás en semicírculo y momentos después ponía el motor en *forward*. En

vista de que estaba concentrado, de que no le prestaba atención, chilló ¡Gary! y agitó el brazo.

Gary desplazó la palanca a «neutro» y fue a echar un vistazo. Emitió una especie de gruñido, los dientes muy apretados. Acto seguido, sin embargo, volvió al motor y metió la marcha. Sin decir palabra, sin hablar de si seguían adelante o la llevaban primero a reparar.

Gary no conducía rápido. No iban a más de diez kilómetros por hora, pero sí cara al viento y contra unas olas de frente plano, cada una de las cuales suponía un chaparrón que los dejaba empapados.

Irene dio la espalda al oleaje y se puso mirando hacia Gary, pero él estaba vuelto también hacia atrás, guiaba tomando como referencia la orilla de la que habían partido y que poco a poco iba quedando atrás. Entre árboles disparejos, la camioneta visible todavía. Nadie más había aparcado allí. Normalmente había unas cuantas barcas y gente acampada, pero esta vez, si llegaba a ocurrirles algo, estarían solos, sin otra compañía que los golpetazos y una rociada de agua cada pocos segundos, los troncos amontonados y oscuros por la humedad, las bordas bajas, el chorro constante de la bomba de achicar. Casi como en un tipo nuevo de carromato, rumbo a nuevos territorios para formar un nuevo hogar.

El desvencijado Datsun B210 de Rhoda no estaba hecho para otra superficie que no fuera el asfalto. Ella procuraba mantener el ímpetu montaña arriba, pero notaba que los neumáticos patinaban en el fango. Y no veía prácticamente nada, solo la lluvia que maltrataba el parabrisas, un verde de árboles más adelante, las curvas del camino de grava. Llevaba años buscando en concesionarios una camioneta nueva que la convenciera, pero luego, a la hora de la verdad, cuando se sentaban a hacer las cuentas definitivas, siempre parecía que no le alcanzaba el dinero. Por otro lado, lo que ella quería era un 4×4 de lujo, no una camioneta. Y como estaba al caer un aumento de sueldo —y también al caer su boda con un dentista—, creía que la espera no sería muy larga.

Lo cual le hizo pensar en Jim, quien probablemente estaba ahora mismo comiendo crêpes, su cena habitual, y preguntándose dónde andaría Rhoda. Sacando medio melocotón de una lata para ponerlo encima de la crêpe, con innecesarios golpecitos de tenedor en los costados de la lata. Pero Rhoda notaba que se estaba poniendo de buen humor y no quería estropearlo pensando en Jim.

En el momento de aparcar frente a la casa de sus padres, se dio cuenta de que la camioneta no estaba. Aunque era tarde para ayudarles a trasladar los troncos, bajó del coche y corrió hacia la puerta atravesando el pequeño jardín.

Los padres de Rhoda vivían en una casita de madera de una sola planta a la que habían ido incorporando añadidos con los años, y ahora parecía un tanto contrahecha, pues no todas las partes encajaban entre sí. El padre de Rhoda, cuando con veintitantos años había abandonado California para trasladar-

se al norte, soñaba con los pioneros y con vivir en la montaña, y había ido haciendo acopio de aditamentos típicos de Alaska. Cornamentas de alce, uapiti, caribú, ciervo, cabra montés y muflón colgaban a lo largo de aleros y paredes exteriores. El parterre elevado que había a la derecha de la puerta ostentaba una vieja bomba manual y un pequeño canal de desagüe, así como diversas muestras herrumbrosas de bateas, picos, baldes y otros cachivaches de cuando la fiebre del oro, rescatados en su mayoría de la mina Hatcher Pass, al nordeste de Anchorage, aunque los había también comprados a otros coleccionistas o en alguna venta de objetos de segunda mano. Un poco más abajo, a la izquierda de la puerta, había leña apilada para la lumbre y la estufa de anticuario de hierro colado y níquel, y entre la leña y la puerta un trineo viejo, la madera y las correas de cuero para sujetar a los perros cada año un poco más podridas a causa de la lluvia, la nieve, el viento y el sol cuando salía. A Rhoda la casa siempre le había parecido una chatarrería y motivo de vergüenza. Lo que sí le gustaba eran las flores y el jardín de musgo. Doce clases diferentes de musgo y todas las variedades de flores silvestres autóctonas, incluidas las más raras. Parterres enteros de fritilarias, adelfillas y lupinos de todos los colores imaginables, desde blanco y rosa hasta un azul índigo, aunque ahora solo estaba florida la adelfilla.

Rhoda volvió a llamar fuerte a la puerta, pero no estaban. Montó en el Datsun y condujo directamente hacia la zona de acampada y embarcadero. Quizá los alcanzaría allí, aunque se le hizo difícil entender que quisieran salir con el tiempo que hacía. ¿No era mejor quedarse en casa?

Los neumáticos patinaron un poco al bajar hacia la zona de acampada. Vio que la camioneta estaba aparcada allí y continuó hasta el embarcadero. No había barca. No había nadie. Sus padres estaban chiflados, salir con este tiempo. ¿Por qué no esperar a que mejorara un poco? Aunque fuese el no va más de las cabañas, el sueño de toda una vida y ese rollo. Lo que a Rhoda no le cabía en la cabeza era que su madre lo hubiera permitido.

En fin, se dijo, y regresó al pueblo.

Rhoda y Jim vivían en una casa grande de tejado a dos aguas con vistas a la desembocadura del Kenai. Una de las ventajas de estar con Jim. Aquel tejado de cubierta tan empinada le recordaba a los puestos de escalopa, a la milanesa, pero así no se acumulaba la nieve, y tanto el salón como el dormitorio principal en la parte de atrás tenían un techo abovedado de unos seis metros de alto. Por otra parte, las ventanas de doble luna y cuatro metros de altura captaban las puestas de sol sobre la ensenada de Cook, y las vigas vistas estaban teñidas de oscuro como las de un *mead-hall* vikingo, todo el mobiliario en madera escandinava y cuero. Era el tipo de casa con la que Rhoda había soñado.

Y, fíjate, ahora vivo aquí, pensó, estando en la cocina mientras introducía pequeñas muestras de excremento de beagle en ampollas para analizarlas.

Preferiría que no hicieras eso mientras como, dijo Jim. Estaba cenando sus crêpes con melocotón de lata en el lado opuesto de la encimera.

Tienes que superarlo, dijo Rhoda. No es más que caca de perro.

Jim se rió. Eres increíble.

Tú sí que lo eres, dijo Rhoda. Hacía solo un año que vivían juntos, ¿y qué importaba? El anterior novio de Rhoda había sido otro cantar, un pescador que siempre estaba lloriqueando, quejándose de las fuerzas de la naturaleza, de la industria, del gobierno, cosas todas ellas inescrutables y despiadadas. Si un año el precio del halibut estaba por los suelos, el año siguiente la cuota para la licencia era demasiado alta para incorporarse a otra pesquería, y tanto un año como el otro el mar parecía dispuesto a acabar con él. Qué aburrido, y la recompensa por tener que escucharle había sido una pequeña casa-remolque con unos cuantos filetes gratis de halibut. Por el contrario, con Jim tenía un suministro ilimitado de latas de melocotón y todos los sobrecitos de mezcla para crêpes Krusteaz que nadie podía desear.

Rhoda sonrió. Se dio cuenta de que era feliz. O bastante feliz, en todo caso. Dejó a un lado la jeringa de plástico, pasó por detrás de Jim y le echó el aliento en la oreja.

Junto al lago Skilak, a poco más de un kilómetro de donde sus padres bregaban contra las olas con su cargamento de troncos, Mark estaba quitándose la ropa en compañía de su pareja, Karen, y un par de amigos del Coffee Bus. Avivó el fuego, se metieron todos en la sauna y luego cerraron la puerta. La sauna, que estaba al borde del lago, comunicaba con este mediante un angosto malecón que salía directamente de la puerta. Dentro hacía mucho calor y estaba oscuro, no había ventanas, el aislante consistía en planchas de cartón alquitranado, y tanto el banco de sentarse como el de apoyar los pies estaban tan elevados que a Mark la cabeza le rozaba el techo y los más altos tenían que agacharse un poco. Él siempre llevaba un par de ramas de cicuta, todavía con hoja, para azotarse, y cuando empezaron a sudar de lo lindo y el vapor era ya tan denso que con la luz roja apenas si se veían los unos a los otros, Karen se inclinó hacia delante con la cabeza entre las rodillas y los brazos en torno a las piernas y Mark empezó a flagelarla. De esta manera la sangre subía a la superficie y se activaba mejor la circulación. Por lo demás, despertaba hasta al más dormido y tenía un toque medicinal y purificador. Los azotes, que producían una especie de restallante crujido, dejaron a Mark bañado en sudor, a Karen dolorida, y a ambos sin aire.

Luego le tocó el turno a Mark. Tenía ya la piel tan resbaladiza y salobre que no podía agarrarse las pantorrillas ni entrelazar las manos, de modo que se sujetó a las tablas bajo sus pies y Karen empezó a azotarlo con buen ritmo, aplicando toda la energía que le era posible. Al cabo de un rato incorporó también la voz, hasta terminar chillando desde las tripas con cada latigazo. Le sujetó la nuca con la otra mano y continuó flagelándolo hasta que la vara hubo perdido casi todas las hojas

y las ramitas laterales. Finalmente se derrumbó sobre Mark, que gimoteaba.

Carl y Monique quisieron probar también. Mark salió tambaleándose a por ramas nuevas y al volver se ofreció para azotar a Monique, pero ella cogió una de las ramas y con su voz grave y sensual, dijo: No, a Carl se lo quiero hacer yo. De modo que Carl se dobló por la cintura, no sin cierta indecisión, y Monique le azotó una vez, fuerte. Carl soltó un grito.

Joder, dijo, eso duele de verdad.

Inclínate, le ordenó Monique. Agárrate los tobillos. Empezó con unos cuantos golpes suaves y fue incrementando la potencia. Al final, a petición de ella, Mark echó una mano para mantener baja la cabeza de Carl hasta que Monique dijo: Uf, no puedo respirar, soltó el látigo medio destrozado, salió tambaleándose por la puerta y enfiló el malecón para lanzarse de cabeza al lago.

Los otros salieron también. Una vez más, Carl dio la nota. Se tiró el último al agua, de repente se le puso cara de pánico —aquello del grito silencioso— y regresó nadando como los perros al malecón. Se tumbó sobre las tablas boqueando y soltando tacos, diciendo que era increíble lo fría que estaba el agua, que parecía un glaciar y cosas así, lo cual en cierto modo era verdad puesto que, efectivamente, un glaciar vertía sus hielos en el lago.

Los demás hicieron caso omiso y se alejaron nadando unos tres o cuatrocientos metros, mientras comentaban lo bello que era el espectáculo de la lluvia, el viento incesante y la montaña cerniéndose allí mismo, casi invisible.

Estoy viva, dijo Monique. A veces hasta lo más estúpido es verdad. No quiero estar muerta nunca más.

Pero fue preciso salir del agua o morirían de verdad. Tenían ya las extremidades entumecidas. Se metieron otra vez en la sauna y decidieron colocarse un poco antes de la segunda ronda.

La mejor hierba del mundo, dijo Mark, y expulsó el humo tras unos segundos. Máximo contenido en sustancia psicoactiva.

A Karen, para variar, le dio por quedarse medio catatónica. Estaba acostumbrada a María mucho más floja, y la variedad de Alaska la tumbó. Eso permitió a Mark recrearse a gusto en Monique. Era alta, y sus cabellos oscuros y muy cortos, un poco a la francesa, como la modelo de Clinique. El hecho de tener al lado a aquella chica que parecía una modelo, los pezones duros y la piel fácilmente comparable con el alabastro, el mármol y cosas por el estilo, hizo que a Mark se le pusiera dura. Alargó un brazo y le tocó el cuello.

Sí, ya, dijo ella apartándole la mano. Eres un príncipe.

Eh, dijo Carl.

A callar, dijo Monique. No montéis un número de machitos. Estoy disfrutando.

Qué colocón llevo, dijo Karen, alzando los brazos, y al dejarse caer contra la pared, la cabeza le rebotó.

Mark se acercó para ayudarla a incorporarse, arrojó agua sobre las piedras al rojo, y en medio de una explosión de vapor iniciaron la segunda de las tres rondas de tradiciones escandinavas.

Irene estaba aterida, le castañeteaban los dientes, su ropa mojada una especie de mecha de la que el viento se enseñoreaba, haciendo más desagradable la sensación térmica. Y el agua estaba casi congelada, cada nuevo impacto era un shock.

Divisaron el terreno, trescientos metros cuadrados de litoral con vistas a la montaña y a la cabecera del lago, donde el glaciar comunicaba con el río Kenai. Al fondo del terreno, bosque, pero también vegetación en la parte delantera, matorrales de arándano y aliso, flores silvestres, hierbas varias.

Gary puso rumbo a la orilla rocosa. No había playa, ni arena ni guijarros. Solo rocas grandes redondeadas. Enganchones de madera a cada lado, las olas rompiendo, y Gary que no amioraba la marcha, directo hacia allí a toda máquina. Irene le gritó que aflojara, pero luego se limitó a agarrarse bien y afianzar un pie en la rampa, hasta que chocaron. Los troncos de la capa superior resbalaron hacia delante e Irene apartó el pie justo a tiempo. Por Dios, Gary, dijo.

Pero Gary no le hizo el menor caso. Incluyó el motor hacia arriba, pasó por encima de los troncos y saltó. Agua somera, la orilla a unos tres metros. Échame una mano para bajar la compuerta, dijo. Irene solo alcanzó a oírle porque la lluvia y el viento estaban aflojando por fin. Se hundió hasta las rodillas en el agua —estaba fría y se le colaba por la caña de las botas, las piedras del fondo muy resbaladizas— y le ayudó a abrir los pestillos.

Justo cuando estaba desalojando el último, la compuerta se abalanzó sobre ellos debido a la presión de los troncos. Uf, exclamó Gary, pero ninguno de los dos salió lastimado, y cogieron la rampa y la bajaron, con las olas rompiendo en sus mus-

los y anegando la barca por la proa ahora abierta. No estaban lo bastante cerca de la orilla.

Tendremos que descargar rápido, dijo Gary, y hay que encender el motor para la bomba de achique. Pasó sobre los troncos para ir a popa, inclinó el motor hacia abajo, tiró del cordón, conectó la bomba. Y ahora démonos prisa, dijo, volviendo a proa. Cogió un tronco y empezó a caminar de espaldas tirando de él hacia la orilla. Haz lo mismo, dijo.

Irene agarró un tronco y tiró con fuerza. Los pies se le enfriaban dentro del agua, tenía ya todo el cuerpo medio helado, empezaba a dolerle el estómago de ponerse a trabajar en frío.

¡Esto se hunde!, le gritó a Gary. La bomba de achique no daba abasto. Entraba demasiada agua por la proa, y el oleaje zarandeaba la barca adelante y atrás.

Mierda, masculló Gary. Subamos la compuerta.

La levantaron a toda prisa, cerraron los pestillos y él saltó a bordo; la parte del fondo muy baja, de cada tres o cuatro olas una escupía agua por encima. Gary puso el motor a todo gas para acercar la embarcación a la orilla. Irene oyó cómo la proa arañaba las rocas. Avanzaron algo más de un palmo, y la barca se detuvo. La popa, debido a la inclinación, quedó más baja todavía, y la cantidad de agua que entraba era mayor. Maldita sea, gritó Gary. Cogió el cubo y empezó a achicar a toda prisa para adelantarse a las olas, doblándose y levantándose una y otra vez, arrojando litros de agua por la borda. A todo esto, Irene no podía hacer otra cosa que mirar. No tenían otro cubo, y tampoco había espacio de sobra ahí atrás. Lo que hizo fue subirse a la proa, para ver si con el peso podía ayudar a que la barca se inclinara hacia delante.

Gary sombrío y empapado, respirando por la boca y gritando por el esfuerzo cada vez que arrojaba un cubo de agua lleno. Envuelto en el humo del fuera borda mientras la bomba de achicar seguía escupiendo y la olas rompiendo sobre la parte de atrás. Irene se dio cuenta de que ahora estaba asustado y quiso ayudarle de alguna manera, pero también vio que

lo estaba logrando, la popa había subido un poco y las olas derramaban menos agua cada vez. ¡Lo estás consiguiendo! Gary, chilló. La popa sube. Lo vas a conseguir.

Sabía que él estaba exhausto. El ritmo empezó a bajar, parte del agua que arrojaba por la borda caía dentro de la barca. ¡Si quieres te relevo!, gritó Irene, pero él se limitó a negar con la cabeza y continuó achicando con el cubo hasta que las olas rompieron contra el espejo de popa sin derramar ya agua por encima. Entonces paró, soltó el cubo y se inclinó sobre el fueraborda para vomitar en el lago.

Gary, dijo Irene. Deseaba ir a consolarlo pero no quería añadir peso a la popa. La bomba se estaba tomando su tiempo para dar cuenta del agua que quedaba. Gary, dijo otra vez, ¿te encuentras bien, cariño?

Estoy bien, dijo él al cabo. Estoy bien. Lo siento. Ha sido una estupidez intentarlo.

Tranquilo, dijo ella. No pasa nada. Acabaremos de descargar los troncos y nos marcharemos a casa.

Gary permaneció un rato doblado sobre el motor, luego apagó este y la bomba de achicar, retrocedió despacio hacia donde estaba ella y se arrodilló en la proa, sobre troncos. Irene le rodeó con los brazos y se quedaron así unos minutos, abrazados, mientras el viento y la lluvia arreciaban de nuevo. Era la primera vez en mucho tiempo que se abrazaban así.

Te quiero, dijo Gary.

Y yo a ti.

Bueno, dijo él, como quien pasa página. Irene había confiado en que el momento se prolongaría. No sabía cómo las cosas habían cambiado. Al principio, recordó, dormía con un brazo y una pierna encima de él, cada noche. Pasaban los domingos en la cama. Habían cazado juntos, sincronizando las pisadas, los arcos a punto para disparar, atentos a la aparición de un uapiti, vigilando cualquier movimiento. El bosque una presencia viva, y ellos parte del mismo, nunca solos. Pero Gary había abandonado la caza con arco y flecha. El dinero lo tenía muy preocupado, pasaba los fines de semana trabajando, no

más domingos en la cama. Al principio, pensó Irene. No existe eso de al principio.

Trabaron la compuerta, y cada cual agarró un tronco y tiró de él por encima de la proa. El viento soplaba ahora a rachas, la lluvia les acribillaba los ojos cuando miraban hacia el lago. Irene estornudó, se sonó presionando con el dedo una fosa nasal, se limpió con el dorso de la mano. La había pillado.

La faena se eternizaba, ambos estaban muy cansados y trabajaban despacio. Gary apartó un poco más del agua varios de los troncos que Irene había descargado. Pero al final pudieron descargarlos todos, y la barca fue ya lo bastante ligera como para sacarla a tierra. Recostados en la proa, de espaldas al viento y al lago, contemplaron sus tierras.

Tendríamos que haber hecho esto hace treinta años, dijo Gary. Mudarnos aquí.

Estábamos a orillas del lago, dijo Irene. Era más fácil llegar al pueblo, más fácil para los chicos y el colegio. Aquí sería imposible tener hijos.

Te equivocas, dijo Gary. Pero qué más da.

Gary era un as del remordimiento. No pasaba un día que no hubiera algo, y probablemente era lo que menos le gustaba a Irene de él. Que cuestionara a posteriori todo cuanto habían hecho. Como si el remordimiento fuese una cosa viva, una charca, que llevara dentro.

Bueno, el caso es que ya estamos aquí, dijo Irene. Hemos traído los troncos y vamos a construir la cabaña.

Lo que digo es que podríamos haber venido hace treinta años.

Sí, te he entendido perfectamente.

Bien, dijo Gary. Tensos los labios, la mirada fija al frente en unos alisos, como paralizado, incapaz de sacudirse la sensación de que su vida podría haber sido de otra manera, e Irene sabía que formaba parte de aquel tremendo remordimiento.

Trató de superarlo, de no dejarse atrapar por ello. Contempló la finca y le pareció muy bonita. Esbeltos abedules blancos en la parte del fondo, abetos de mayor tamaño, un álamo de

Virginia y varios álamos temblones. El terreno tenía sus cotas, desniveles y promontorios, y se imaginó dónde iría la cabaña. Delante pondrían una terraza, y en los atardeceres de buen tiempo mirarían ponerse el sol detrás de la montaña, la luz dorada. Sí, podría funcionar.

Tiene posibilidades, dijo Irene. Yo creo que es un buen lugar para una cabaña.

Sí, dijo Gary al fin. Dando la espalda a la propiedad, encaró de nuevo el viento y la lluvia. Échame una mano, dijo.

Empujaron la barca y subieron a bordo por la proa. Gary se sentó al motor e Irene en la parte honda de la embarcación, abrazada a las rodillas para entrar un poco en calor. El trayecto de vuelta más llevadero, las olas a sus espaldas, la compuerta cuadrada por encima de la línea de flotación, no era ya como ir en una balsa. Cada ola los bamboleaba un poco, pero sin impacto, sin empaparlos. A Irene le castañeteaban los dientes otra vez.

Había un buen trecho desde la isla hasta la zona de acampada. Gary condujo despacio con la bomba de achicar en funcionamiento. Por fin divisaron el camping y la camioneta. Gary apagó el motor y atracó al lado del embarcadero. Las olas empujaban la popa y la hacían girar de costado.

Podríamos pasar del remolque, dijo Gary. El oleaje es demasiado fuerte. Será una pesadilla. Más vale que subamos la barca a la playa y la atemos a un árbol.

Así lo hicieron, y unos minutos después estaban en casa. Tan cerca, y el rato que llevaban helados de frío. Qué absurdo, pensó Irene.

Gary se dio una ducha caliente y después Irene llenó la bañera. La primera impresión al meterse en el agua fue casi de dolor. Tenía los dedos entumecidos, tanto los de las manos como, sobre todo, los de los pies. El calor envolvente, sin embargo, era delicioso. Se sumergió en el agua, cerró los ojos y se sorprendió a sí misma llorando con esmero, sin emitir sonido, la boca bajo el agua. Tonta, se dijo a sí misma. No puedes tener lo que ya no existe.

De regreso a la oficina después de almorzar, Jim paró en el Coffee Bus a comprar un *sticky bun*. Azúcar moreno, miel y nueces, y de paso contribuía a mantener al hermano de Rhoda, que tal vez lo necesitaba. Gente holgazaneando por ahí, como de costumbre, pero esta vez había una chica tan preciosa que Jim se dio cuenta demasiado tarde de que la estaba mirando, cosa que de entrada le hizo sentir como un gilipollas, naturalmente, y luego le cabreó mucho. La chica debía de tener la mitad de años que él, pero su mirada le hizo sentir como si tuviera la pilila enhiesta a la vista de todos.

Jim le dirigió su acostumbrado gruñido más esbozo de sonrisa. Por regla general lo hacía en voz tan baja que nadie le oía, y aunque era consciente de que por ese motivo muchos en Soldotna que no le conocían bien lo tenían por un misántropo, ello no dejaba de sorprenderle. Para Jim, este saludo amortiguado equivalía a un «hola» campechano y alegre, si bien dicho con suavidad y sin excesivo énfasis.

La chica, que estaba recostada en la carrocería del autobús, le devolvió el saludo con un ademán de cabeza, se arrebujó en su viejo anorak de plumas. Jim subió los cuatro escalones de madera hasta la ventanilla con paso rígido y nada garboso, intentando no mirarla. Ahora que la tenía a poco más de un metro, se sintió cohibido. También desesperado, y la desesperación le subió cual fría mano por los genitales para alojarse en los riñones.

Qué tal, Jim, dijo Karen. ¿Un *sticky bun*?

Ni más ni menos.

Mark se acercó a la ventanilla y sacó una mano.

Jim se la estrechó. ¿Cómo te va?

Te voy a presentar a una amiga, dijo Mark. Jim, Monique. Monique, este es Jim. Para más señas, dentista, el torno más rápido del oeste. Monique ha venido a visitar las tierras salvajes de nuestra querida Alaska.

Monique adelantó una mano y Jim se inclinó para estrechársela.

Hola, dijo. ¿Lo estás pasando bien?

Sí, respondió ella. Mark y Karen me cuidan mucho. Y se quedó a la espera mientras él la miraba. No solo parecía disponer de tiempo, pensó Jim, sino regirlo también. Como el mago de Oz, quizá, en su chiringuito de Ciudad Esmeralda.

Quizá podrías ayudarme, dijo Monique, ya que eres dentista. Tengo un diente que a ratos me da sensación de frío, incluso me duele un poco si estoy fuera y hace frío. Hoy, por ejemplo, me pasa. Se tocó ligeramente la mandíbula. ¿Será una caries, o no tiene nada que ver?

Podría serlo, dijo Jim. Necesitaría echar una ojeada para estar seguro. Se miró el reloj. Y treinta y cinco. Mira, si quieres y te va bien, puedo mirártelo ahora, antes de las dos.

Oh, dijo Monique. Luego se encogió de hombros. Bueno, vale.

Jim la llevó en coche a la consulta. No había vuelto nadie de comer todavía. Encendió las luces e hizo sentar a Monique en una de las butacas del fondo. Quizá debería haberte enseñado antes la consulta, dijo.

No pasa nada, dijo Monique, acomodándose en la butaca. Qué monos, esos patos del techo. Jim había pegado allí unos patos de goma, y las patas palmeadas de color naranja se movían en el aire como si la consulta estuviera bajo el agua.

Son para los niños, dijo Jim.

Para los cazadores.

Bueno, quizá sí. Jim trató de reír un poco, no muy seguro de si ella lo estaba incluyendo en esa categoría.

Jim encendió entonces el foco, le pidió que abriera bien la boca y estuvo hurgando un rato en los dientes y las encías.

Sí, hay un principio de caries, dijo. Habría que sacar un par de radiografías, y si es necesario, podemos hacer un trabajo rápido, más que nada a título preventivo.

Uh, dijo ella, y Jim sacó los dedos para que pudiera hablar. Me preocupa el precio.

Corre de mi cuenta, dijo Jim. Esperó a que llegaran los demás, mandó hacer las radios y le puso un pequeño empaste en la caries sin esperar más, lo cual alteró de mala manera las visitas programadas para la tarde.

No se lo cuentes a nadie, dijo al terminar, mientras levantaba el sillón. Monique se estaba quitando el babero de papel. Jim se inclinó hacia ella y sonrió un poco al decir esto, tratando de insinuar, y percibir, todo tipo de secretos entre ellos dos. En una ocasión había oído decir a un hombre: Esa es una máquina de parir, y por muy desagradable o misógina que fuera la frase, y de mal gusto, ahora le parecía tan cierta como apropiada. Tenía ante sí a la mujer con quien le gustaría engendrar hijos. No se imaginaba a Monique cambiando pañales, ni siquiera encinta, pero le fue fácil ver un retrato futuro de sus hijos en común, fuertes, altos y hermosos, desprovistos de cualquier tipo de inseguridad o de tensión. Con ella, la posibilidad de otra mujer desaparecía, y pese a que iba vestida como una hippie y probablemente no habría podido pagar el empaste si él hubiera optado por cobrarle, daba la impresión de tener las espaldas económicamente bien cubiertas.

Descuida, dijo Monique.

Jim se la quedó mirando. No tenía ni idea de a qué se refería. No se lo contaré a nadie, dijo ella.

Ah, dijo él. Oye, ¿puedo invitarte a cenar algún día a mi casa? Tengo una buena vista de la puesta de sol sobre la ensenada. Podría preparar salmón o halibut o lo que tú quieras, y así te haces una idea de cómo es Alaska. Le había salido sorprendentemente bien, incluido el pequeño eslogan final. No se había puesto rígido ni se había asustado de repente.

Ella se lo quedó mirando, pensativa. Jim se sintió como si la columna le cayera en picado y los omóplatos se le doblaran hacia dentro.

Bueno, dijo Monique.

Monique pasó el resto de la tarde leyendo en la confluencia de dos ríos, alzando la vista de vez en cuando para ver cómo Carl no pescaba ningún salmón. Estaba en fila con otros cientos de turistas pescadores de ambos sexos, procedentes del mundo entero. El río no era muy ancho, unos cincuenta metros de orilla a orilla, pero los pescadores se hallaban situados a intervalos de cuatro metros a lo largo de un kilómetro y medio de ribera. La mejor pesca, se decía, estaba en la otra parte de aquel recodo en concreto, donde el agua era mucho más honda y fluía veloz junto a una empinada ribera de grava.

Pero Carl estaba situado en aguas someras, justo en el lado opuesto, a unos seis metros de la orilla, embutido en las típicas botas altas de goma. Utilizaba una mosca artificial haciéndola saltar donde los salmones rojos nadaban a contracorriente sin moverse apenas, tan tranquilos. Monique veía sus sombras en la luz moteada, imaginaba las bocas abriéndose y cerrándose para tragar agua mientras contemplaban cautelosos las hileras de botas verdes espaciadas a intervalos exactos, por parejas, y las grandes moscas de color rojo que iban y venían por todas partes.

Qué serios eran todos los pescadores. Para Monique, lo mejor de aquel sitio era el panorama: las altas y exuberantes montañas que se alzaban próximas a ambas riberas, los pequeños valles salpicados de flores silvestres, las zonas pantanosas repletas de coles de mofeta, helechos, mosquitos... y uapitíes. Pero ninguno de los ansiosos pescadores levantaba la vista del agua, ni siquiera un instante. Aquello parecía un casino, a juzgar por el ambiente.

Monique estaba leyendo unos relatos de T. Coraghessan Boyle. Eran divertidos, y a menudo se la oía reír en voz alta.

En uno de los cuentos, Lassie persigue a un coyote, un amor prohibido. Este le gustó en especial: siempre había detestado a la perra Lassie.

Tuvo la suerte de levantar la vista en el momento en que Carl lanzaba su caña al río. Esto pilló por sorpresa a unos cuantos pescadores. Sus sedales quedaron momentáneamente atascados en el barro del fondo, obligando a varios de ellos a agitar sus respectivas cañas en un intento de desengancharlos.

Carl salió chapoteando del agua y resbaló un poco al pisar las piedras lisas y las entrañas de pescado y cuanto podía haber allí debajo. Fue derecho hacia Monique y esta cerró el libro.

¿No hay buena pesca?, preguntó ella.

Carl la agarró de los hombros y la besó con fuerza. Dios, ya me siento mejor, dijo.

Con una sonrisa, Monique lo agarró a su vez para darle otro beso. Era una de las cosas que le gustaban de Carl. Si se le daba tiempo, sabía ver cuándo la cagaba. Y, a diferencia de la mayoría de los hombres, no persistía en cometer estupideces solo porque alguien estuviera mirando.

Cuando Rhoda llegó a casa se encontró a Jim con una copa en la mesita que tenía al lado. Frente a la ventana, bebiendo, contemplando el mar. Muy extraño, puesto que Jim casi nunca bebía y, desde luego, nunca a solas. Rhoda empezó a percibir los detalles que notaba durante una tragedia: el frigorífico hizo un clic al ponerse en marcha y enseguida otro para desconectarse; el sol se reflejaba en la madera oscura de la mesita pero no en el vaso de Jim; la casa, por lo demás, estaba insólitamente caldeada, casi húmeda, claustrofóbica. Dejó las bolsas del colmado que traía y se acercó a él.

¿Qué pasa?, preguntó con una voz que a ella le pareció que transmitía miedo. Al decirlo le tocó ligeramente el hombro.

Hola, dijo él, quizá un poco sonrojado al volver la cabeza, pero no ebrio, pues hablaba sin farfullar. ¿Qué tal el día?

¿Qué ocurre? ¿Cómo es que estás aquí bebiendo?

No es más que una copita de jerez, dijo Jim, y cogió el vaso e hizo girar el hielo en su interior. Disfrutando la vista.

Algo pasa. Creí que había muerto alguien o algo así. ¿A qué viene ese repentino cambio de conducta?

¿Es que uno no puede ni tomarse una copa? Joder, cualquiera diría que estaba pegando fuego a la casa o escribiendo en las paredes con lápices de colores, o qué sé yo. Tengo cuarenta y un años, soy dentista y estoy en mi casa tomando un poco de Harveys después del trabajo.

Vale, vale.

Alegra esa cara.

Está bien, dijo Rhoda. Perdona, ¿vale? He comprado pollo. Se me había ocurrido que podíamos hacer pollo al limón.

Buena idea. Por cierto, eso me recuerda que quizá he encontrado un nuevo socio para la consulta. Es un dentista de Juneau, se llama Jacobsen, y había pensado en invitarlo a cenar mañana para concretar cosas. Me preguntaba si podrías hacer otros planes durante unas horas. ¿Te importaría?

Claro que no. Tú tranquilo. Iré a cenar a casa de mis padres. Esta noche llamaré a Mark para que avise a mamá.

Estupendo, dijo Jim. Luego volvió a mirar hacia la enseña y las montañas del fondo, el pico nevado del Redoubt, y pensó en lo listo que era, en el mérito que tenía.